

ANTROPOLOGIA DE LA AGRESIVIDAD

POR ANTONIO ORIOL ANGUERA *

OTRA EXCLUSIVA DE LA CONDICIÓN HUMANA

Si al terminar la jornada, en horas de vísperas, alguien desde "arriba" escucha atento se quedará horrorizado oyendo lo que sube de este Valle de Josafat. Maldiciones, suspiros, blasfemias. El balance final podría resumirse en tres palabras: sangre, sudor y lágrimas.

Y ante tamaño espectáculo decimos:

"La humanidad se parece a una rebatiña de lobos, a una *bestial* agresión, a una violencia *brutal*. ¿Desde cuándo el bruto y la bestia fueron tan agresivos como el hombre? Y cuando decimos agresión "brutal", no tenemos en cuenta que el bruto nunca tuvo tamaña desmesura, por lo menos contra su propio hermano: somos nosotros los autores de la brutalidad y del verbo entrematar. ¡Nos entrematamos!

EL ANIMAL SÓLO ES AGRESIVO EN TRES CIRCUNSTANCIAS

El perro es violento cuando otro perro le discute la comida a la hora del yantar; y es cruel contra aquel que se interfiere con su amante. A la vista de una perra en brama, la ley del más fuerte entra en juego y, a partir de ese momento, el colmillo y el zarpaazo decidirán la presa. Asimismo, la perra parida no permitirá que se allane su territorio, cualquiera que sea el visitante. Pero hasta aquí, y nada más.

En resumidas cuentas: el animal sólo demuestra su agresividad en tres ocasiones, en defensa del alimento, en defensa de la reproducción, en defensa del territorio. He ahí tres grandes patrimonios del instinto, todos ellos indispensables para mantener el equilibrio. Hasta aquí el bruto. ¿Qué sucede con el hombre?

* Escuela Superior de Medicina, Instituto Politécnico Nacional.

LA AGRESIVIDAD DEL HOMBRE ES INTRAESPECÍFICA

El hombre es agresivo "per se", y el peor enemigo de Juan es Pedro. Ningún vertebrado, ni siquiera el más feroz de los carnívoros, mata a sus congéneres: "entre toros no hay cornadas" dice el refrán. Tal vez con dos excepciones: la rata y la piraña. Mas ¡ay!, sí que hay cornadas entre hermanos: cornadas, puñaladas y napalm.

Lo de *Lupus, lupi homini* ha resultado totalmente falso; los etólogos nos han testificado que cuando dos lobos pelean rabiosamente, y uno de los dos está vencido, éste se rinde y termina la pelea. El lobo que ha perdido se para, estira la cabeza y muestra el cuello al adversario para que pueda clavarle el diente en la yugular, punto elegido para el degüello; el lobo vencedor detiene su embestida y, al punto, se acaba la agresión.

Hay muchos ejemplos de este tipo en otros animales salvajes, y siempre vemos cómo, al final, comparece un patrón de "entrega" por parte del vencido. El animal se entrega sin condiciones y el vencedor de inmediato depones su agresión, lo que no hacía el caballero medieval cuando, espada en ristre, liquidaba cuentas de honor en el campo del adversario: "a vida o muerte". Con campo de honor o sin campo de honor, hoy sucede lo mismo. Los hombres nos *entrematamos*, en tanto que los lobos se perdonan la vida.

INTERVIENE LA UNESCO

A fin de esclarecer el móvil de la agresividad humana, sabios especialistas procedentes de catorce países se reunieron el mes

de mayo de 1971 en la sede de la UNESCO en París.

El cuestionario oficial podría resumirse a estos dos problemas:

- 1o. ¿Está el hombre encadenado a su instinto agresor?
- 2o. ¿Está condenado a pelear con su semejante?

Dieciocho científicos estuvieron una semana discutiendo sobre la paz espiritual y la paz entre las naciones.

Hablaron de "hombres y de ratones"; de crímenes violentos cometidos en Bagdad, y de policías lapidados por estudiantes que representaban tendencias tan diversas, que no lograron ponerse de acuerdo.

ELECTRODOS CLAVADOS EN EL CEREBRO

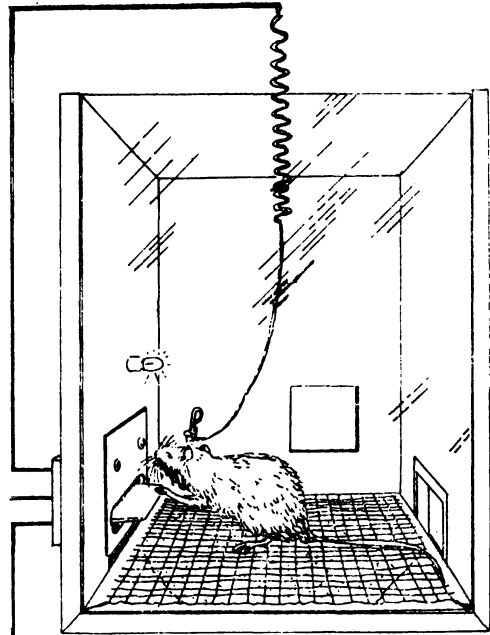
Las experiencias de laboratorio son espectaculares; los fisiólogos tratan de estudiar la agresividad y localizar un centro agresivo en la masa encefálica. Y así desde Hess, la implantación de electrodos en el cerebro ha sido práctica habitual en los laboratorios de fisiología.

Se coloca un aparato de estereotaxia alrededor del cráneo y se sumerge un electrodo en el cerebro a la profundidad y latitud deseada.

Su localización puede precisarse hasta en una fracción de milímetro.

Hurgando el cerebro y manoseando el diencéfalo, los neurólogos encuentran lo que les da la gana. Entre otras cosas, cómo amedrentar a un valiente o exaltar la agresividad de un tímido. Olds encontró centros de placer. Una vez dispuesto el electrodo en su debido lugar, el animal se autoestimula incansablemente: es una especie de masturbación cerebral que le distrae, incluso de comer. Con el dispositivo que puede verse en la figura adjunta, Olds logró "entusiasmar" a la rata hasta el punto de autoestimularse cinco mil veces por hora, evidentemente olvidaba todo lo demás.

En busca de un mapa cerebral, estos fisiólogos han encontrado puntos sexuales, agresivos, emotivos, con un amplio repertorio para cada animal. Estamos en plena fiebre detectivesca operando en el área del cerebro. Buscan y encuentran zonas de placer, de agresividad, centros sexuales y otros.



APLICACIONES AL CEREBRO HUMANO

En la célebre reunión de la UNESCO, el doctor Delgado refirió los trabajos efectuados con seis pacientes humanos, en cuyos cráneos había enterrado los estimuladores en forma de electrodos. Y concluía: "Si una persona se conduce en forma antisocial, no es por su gusto: 'obedece' a mecanismos químicos que nosotros podemos modificar, 'hurgando' en su cerebro".

El doctor Héctor M. Capello, Jefe del Departamento de Psicología Social de la Universidad Nacional Autónoma de México, dijo: "Si controlamos el comportamiento del hombre como hace el doctor Delgado, tal vez podremos llegar a determinar un tipo de conducta conveniente para la humanidad, pero cuidado, porque allanar un cerebro es muy peligroso". Y por ahí se barajaron palabras duras, surgieron los campos de concentración, las persecuciones, los nazis, las cámaras de gas y otros.

El doctor Delgado no se inmutó: en su réplica comenzó diciendo que si él se decidió a introducir electrodos en el cerebro humano es porque los pacientes utilizados eran todos tributarios de lobotomía: técnica quirúrgica de peores consecuencias. Y añadió: "Nuestros pacientes no pueden espe-

rar; si un hombre sufre no lo dejaremos pendiente de las decisiones de los moralistas: nuestra obligación es aliviarle"

QUITANDO AGALLAS Y AL REVÉS

El doctor Delgado pasó diapositivas de sus experimentos mostrando la posibilidad de transformar la timidez en agresividad y al revés, la agresividad en timidez. Parangonó la conducta de un mono timorato con el hombre que tiembla al entrar a la oficina de su jefe.

Para modificar estas situaciones (dándole ánimo al que no lo tiene) Delgado colocó un mono "tímido" en la misma jaula de un animal bravucón y "dominante". En la jaula había una palanca que, si se apretaba, transmitía una señal al cerebro del "jefe" y acto seguido lo transformaba en humilde corderito. El mono tímido aprendió rápidamente a servirse de esa palanca, y los resultados fueron sorprendentes.

Una primera diapositiva nos mostraba al bravucón haciendo la vida imposible al tímido, pero en la siguiente vimos al mismo jefe acorralado por el tímido, después de que éste había apretado el botón mágico.

De ahí surgió un ratón valiente amedrentando a un gigante gatuno; ya se pueden imaginar las conclusiones: según J. M. Delgado, aplicando convenientemente estos conocimientos pondríamos fin a la crueldad humana. Un toque eléctrico a su tiempo y en su lugar y el más rebelde se convierte en corderito pascual. ¡Cuántas ilusiones!

NIVEL HUMANO; NIVEL ANIMAL

Las meritorias investigaciones que realizan los neurofisiólogos con sus animalitos, no pueden resolver la problemática de la agresividad humana: dejemos a los monos en paz y situémoslos a nivel antropológico.

Con los electrodos implantados y los quemitrodos repletos de aminas biógenas, solamente podremos reproducir el "teatro" de la agresividad o la pantomima de las emociones: pura farsa. Lo fundamental de la antropología no son los centros nerviosos ni las glándulas endocrinas; zonas efectivas quizás en monos y perros, pero no aplicables al hombre.

Cuando el organismo del hombre se pone en marcha (dijimos en el Hombre), ya hace rato que sucedió todo lo que tenía que suceder; lo realmente importante y específico de la condición humana es la "motivación". Y la motivación precede a la acción fisiológica y a toda la conmovición neurovegetativa.

La agresividad, la ira, la cólera, cualquier proceso de fondo afectivo, tiene profundas raíces históricas y biográficas, que naturalmente, preceden y condicionan el "acto" fisiológico. Lo que estudian los neurofisiólogos es lo que sucede en el tercer acto del "dramatis personae" cuando el drama está a punto de terminar. El acto fisiológico es el subproducto resultante después que ha sucedido todo lo que tenía que suceder: hemos de remontarnos mucho más arriba si queremos conocer el verdadero hontanar de la agresividad antropológica. Cuando el aparato motor se pone en marcha, ya terminó la función específicamente humana. El organismo humano difiere del animal por lo que se fragua en su organismo antes de "actuar". Aunque el "acto fisiológico" sea el mismo.

APARATO DE LA AGRESIVIDAD

¿Existe en el sistema nervioso un aparato para la agresividad?

Según los neurofisiólogos parece que sí. Para el antropólogo, más importante que su existencia es el estudio de las motivaciones que lo ponen en marcha. ¿Quién da el verde y quién da el rojo para desencadenar la agresividad? Es la vida interior, aquello que el animal no tiene.

Entiéndase por vida interior todo nuestro pasado; nuestra infancia, nuestro medio familiar, nuestra herencia, nuestros traumas, todo lo que gravita firmemente en el momento de decidir una pulsión agresiva.

La fragua conflictiva del hombre está siempre "preparada". Nacemos programados para pelear con nuestros hermanos. Si salimos a la palestra o no, sólo depende de las "motivaciones" que nos surjan al paso.

El aparato está siempre dispuesto. Sólo es cuestión de ponerlo en marcha. Transformar una potencia latente, en realidad "actual".

MISTERLICH, PREMIO DE LA PAZ

Para matizar estas afirmaciones nos será muy útil meditar el testimonio de Misterlich. He aquí un resumen de lo que dijo este psiquiatra, con motivo de ganar el Premio de la Paz en 1969.

"Acepto con gratitud el premio" —dijo— "y mi primera declaración es: la paz da mucha guerra, porque siempre está en peligro". Y añadió: "Deberíamos interpretar este premio como un no consuelo para el fracaso. De no ser así habrían de condecorar, no a mí, sino a los ingenuos que se obstinan en buscar soluciones pacíficas al conflicto humano. Yo no creo que exista una paz dulce y melismática: la paz hay que pelearla, como todo lo que vale la pena en este mundo".

EL HOMBRE ES ESENCIALMENTE AGRESIVO

Misterlich cree que el hombre es agresivo por naturaleza y continúa: "La paz no nos llueve del cielo como el maná, sólo se consigue a costa de grandes esfuerzos, y esto se debe, digámoslo de una vez, a que en el fondo, el hombre es violento, egoísta y agresivo". Ha dicho el Hombre, no el animal.

Es por esto que, cuando estudiamos la historia de la humanidad, vemos surgir la agresión a todos los niveles, casa por casa, calle por calle, pueblo por pueblo; tan universal como lo demuestra la presencia de América en tierras asiáticas; tan familiar como Caín y Abel. En balde buscaremos una paz bucólica y pastoril: es pura literatura. Sólo cabe entender la paz como una concepción dinámica y, en cierto modo, agresiva; sí agresiva. Hay que luchar a brazo partido para merecerla; estar siempre alerta ora en pie de guerra, ora en pie de paz.

Empecemos por el decálogo de Moisés.

Nuestra moral nos enseña a no matar, con lo que escondemos el inconfesado deseo de hacerlo. ¿Qué otra cosa sería la vocación para la carrera militar? ¿Y qué sería el perfil público del héroe? Digámoslo sin disimulos: ¡devoción para batirse!

Hay nadie se atrevería a pontificar el ver-

dadero origen de la agresividad, pero todos la aceptamos como una realidad amarga. Ya no puede sostenerse la idea de que somos "un corderito pascual por naturaleza, y de que la agresividad surge debido a una frustración social". ¿Cómo concebir natural un "corderito" si comprobamos que, desde Adán, nunca ha entrado en función? ¿Por qué la vida ha ido elaborando siempre máquinas destructoras, cada vez más agresivas, más crueles, más mortales? No tendrían sentido, si la "naturaleza" humana fuese inicialmente pacífica. ¿Cómo explicar la universalidad de la lucha por la vida?

Veamos la evolución del hombre en el curso de la historia, es tan simple que la podemos formular a través de cuatro zancadas: el hacha, el puñal, el cañón y la bomba.

Y bajo el signo de estos cuatro vocablos describimos desde la prehistoria, en donde el hombre tiraba piedras al vecino, hasta Hiroshima en donde el "Homo sapiens" compareció con una bomba atómica. Es así como se ha desarrollado toda la historia humana: "golpe por golpe".

Arthur Hoestler nos habla de 70 millones de hombres muertos en menos de un siglo. Todos perecieron en campos de batalla; muertos mano a mano, hombre a hombre, corazón a corazón: casi siempre en nombre de Dios, de la Patria o de un Ideal.

S. Genovés después de una serie de cálculos que presenta a la Academia de Medicina de México, nos dice que poniendo en hilera, pies con cabeza, los cadáveres de los hombres que murieron en las guerras de los últimos 75 años, podríamos dar cuatro vueltas a la Tierra, y nos sobrarían un montón de cuerpos insepultos.

Por lo tanto, es una masturbación cerebral demasiado infantil, hablar de una naturaleza humana pacífica, ingenua. Es preferible tomar el toro por los cuernos y admitir la existencia de la agresividad esencial, cruel, la que va de hombre a hombre para entrematarnos uno al otro. ¿Qué hacer? ¡Aprovechar esa agresividad! ¿Cómo?

Primero, disparar nuestras energías para reparar injusticias sociales. Pero, ¿quién tiene el patrón? Cualquiera puede tener razón y nadie tenerla del todo. ¿Dónde está

la injusticia? Por lo pronto, sabemos que existe la injusticia allí donde el "hambre" y la "enfermedad" surgen como subproductos de la opulencia. Por lo tanto, donde haya indigencia, hay injusticia. Donde haya opulencia, hay injusticia.

La agresividad, pues, ha de mantenerse firme y organizada:

- a) Mientras las "urgencias vitales" no estén atendidas convenientemente.
- b) Mientras haya indigencia como subproducto de la opulencia.
- c) Mientras no tengamos las estructuras básicas para establecer una *igualdad* de oportunidades.

Aun a sabiendas de que, al final de cuentas, pese a la igualdad de oportunidades, seguiremos desiguales y plurales.

LA AGRESIVIDAD SE PUEDE DIRIGIR, NO ANULAR

Estamos condenados a la desigualdad, porque el motor de nuestro "egoísmo" tiene más caballos de fuerza que el motor de nuestro altruismo. Por esto seguiremos luchando.

Esto no excluye que la sociedad puede y debe suavizar la agresividad que brota espontáneamente de la condición humana. Urge realizar un programa que la contrarreste. Pretender anularla, sería como intentar detener el cauce del Amazonas; es más prudente polarizar el cauce y si es posible, desviarlo. ¿Hacia dónde? Hacia frentes deportivos y competencias menos crueles que la guerra. Contrarrestar en la me-

didada de lo posible, este verbo espantoso "ENTREMATAR" con otros menos dolorosos como: EMULAR, PELEAR, CONTENER. Puesto que no podemos arrancar de cuajo la agresividad, procuremos dirigirla y polarizarla hacia tendencias menos angustiosas: el deporte es, como el primer puerto de salvación, en esta cruzada antropológica destinada a mejorar el capítulo de las relaciones humanas.

LA VIDA COMO DEPORTE

Todos los caminos abiertos al deporte, son lícitos; escalar montañas, volar, explorar grutas, bucear en las profundidades del océano, buscar ciudades encantadas, tesoros inverosímiles, cualquier peligro es digno de afrontarse si se halla vertebrado alrededor de un ideal o de una teoría. Por descabellado que sea aquel ideal o por absurda que parezca la teoría.

Y no solamente el deporte es lícito en las horas de asueto; también en las otras.

Deberíamos abordar el trabajo, deportivamente. Porque si hacemos la investigación científica con verdadera vocación, hemos transformado el trabajo en expansión deportiva.

El deporte así entendido no puede tener limitaciones: sólo tiene una, el profesionalismo.

El profesionalismo, conduce al espectáculo público, y el "deporte-espectáculo" es el punto de arrancada para una posible corrupción de todos: jugadores y público.

Bienvenidos al deporte amateur.